

LA EXPERIENCIA PEDAGÓGICA EN EL *CONTRA LOS ACADÉMICOS**

The Pedagogical Experience in *Against the Academics*

Diana Marcela Sánchez Barbosa**

Biviana Unger Parra***

Resumen

El aprendizaje y la enseñanza son elementos cruciales en la vida, el pensamiento y la obra de San Agustín, cuyo recorrido vital e intelectual puede entenderse como un proceso de aprendizaje constante que se enriquece y perfecciona a través del diálogo. En el presente trabajo se abordará un momento específico de dicho proceso, a saber, la experiencia de Casiaciaco, lugar en

* Trabajo de investigación propuesto para el Congreso Internacional de Educación. San Agustín, Maestro para el siglo XXI, UNICERVANTES, Bogotá, 23,24,25 de abril de 2019.

** Magíster en Filosofía por la Pontificia Universidad Javeriana con la tesis titulada Los diálogos en la trayectoria intelectual y filosófica de Agustín, año 2013. Ha culminado su doctorado en Filosofía por la Pontificia Universidad Javeriana con la tesis titulada: EL ITINERARIO DE AGUSTÍN EN LA INTERPRETACIÓN DE LA ESCRITURA, año 2022. Actualmente se desempeña como profesora de Filosofía en el Colegio Nueva Granada, Bogotá - Colombia.

*** Magíster en filosofía en la Pontificia Universidad Javeriana, año 2013. Ha realizado su Doctorado en Filosofía en la Universidad Pontificia Javeriana, en Bogotá, año 2018. Áreas de trabajo las relacionadas con Historia de la Filosofía, especialmente en el periodo tardo antiguo y medieval, con particular énfasis en el pensamiento de Cicerón y San Agustín y en problemas de estética, retórica y hermenéutica.

Como citar este artículo: Sánchez, D., y Unger, B. (2020). La experiencia pedagógica en el *Contra los Académicos*. Revista *Caritas Veritatis*, 5, 199-224.

Recibido: 01-04-2020 // Aprobado 01-08-2020

el Agustín se prepara para recibir el bautismo junto a una comunidad intelectual que se configura en torno al estudio y la conversación. Si bien los diálogos escritos en este periodo deben entenderse como una unidad, el *Contra Académicos* se centra de manera particular en la ejercitación retórico-dialéctica, constituyéndose en un lugar privilegiado para acceder a una comprensión más profunda de las técnicas pedagógicas agustinianas. A partir de un análisis de esta obra se mostrará el papel que cumplen las artes liberales en el proceso formativo y su incidencia en la comprensión de relaciones como la existente entre fe y razón, doctrina y filosofía.

Palabras clave: Agustín de Hipona, Contra los Académicos, Diálogo, Pedagogía.

Abstract

Learning and teaching are essential elements in the thought and work of Saint Augustine's life. His life and intellectual journey can be understood as a constant learning process that is enriched and perfected through dialogue. In this work a specific moment of this process will be approached, namely, the experience of Casiaciaco, the place where Agustín prepares to receive the baptism with his intellectual community that is configured around the study and the conversation. Although the dialogues written in this period should be understood as a unit, the *Against the Academics* focuses in particular on the rhetorical-dialectical exercise, becoming a privileged space to access a deeper understanding of the Augustinian pedagogical techniques. Coming from an analysis of this dialogue, we can show the role played by the liberal arts in the training process and its impact

on the understanding of relationships such as the existing between faith and reason, doctrine and philosophy.

Keywords: Augustine of Hippo, *Against the Academics*, Dialogue, Pedagogy.

La Experiencia Pedagógica en el *Contra los Académicos*

Después de algo más de quince siglos, el pensamiento de Agustín continúa generando interés entre los estudiosos de diferentes ámbitos del conocimiento. Filósofos, teólogos e historiadores vuelven una y otra vez sobre su obra, buscando en ella lo que hace de este hombre uno de los más influyentes pensadores cristianos del mundo occidental. El caso de la educación no es distinto, pues sin haber compuesto una obra dedicada exclusivamente a la pedagogía, la didáctica o a la enseñanza, el pensamiento de Agustín ofrece notas determinantes para la comprensión de sus aspectos fundamentales.

Una de las obras que ha sido objeto de estudio a propósito de la reflexión sobre la educación es el diálogo *Contra los Académicos*. Agustín lo redacta durante su estancia en Casiciaco y está compuesto de tres libros en los que intervienen además del autor, Mónica, Licencio, Trigecio y Alipio. En las *Retractaciones* Agustín afirmará lo siguiente de su obra:

Después de haber abandonado cuanto había conseguido o ambicionaba conseguir en las vanidades de este mundo, y de haberme retirado al ocio de la vida cristiana, escribí en primer lugar *Contra los Académicos* o *De los Académicos*, cuando aún no estaba bautizado, para disipar de mi espíritu con

cuantas razones pudiese, porque todavía me preocupaban sus argumentos, que llevan a muchos a la desesperación de poder encontrar la verdad, e impiden asentir a cosa alguna, y que el sabio apruebe lo más mínimo como evidente y cierto, con el pretexto de que todo les parece oscuro e incierto. (Agustín de Hipona, 1995, p. 11)

Sobre la presentación que el autor hace de su obra hay que hacer notar el hecho de que advierta que escribió el diálogo antes de su bautismo, pero después de su conversión, pues ello muestra que antes de recibir el sacramento y con esto, ingresar formalmente a la vida cristiana Agustín ya había adquirido compromisos fundamentales que estaban relacionados con su preparación para el bautismo, había asumido un itinerario espiritual con distintas prácticas de piedad y vivencia de la moral cristiana, así como de instrucción religiosa. En este sentido, y como parte de su preparación, Agustín asumirá también la tarea de disipar las dudas y los problemas que subsisten no sólo sobre su nueva condición y modo de vida, sino sobre el camino por el que se llega a la verdad y que, en este caso, tiene que ver con la filosofía de los académicos que, como sabemos, hizo parte de su itinerario vital e intelectual. De este modo, hay que señalar que el objetivo del diálogo no será hacer un análisis exhaustivo de la filosofía académica y concretamente del escepticismo, sino plantear la relación entre conocimiento y vida feliz, entre filosofía y cristianismo.

De acuerdo con lo anterior, podemos afirmar que las dos primeras obras que Agustín escribió y que conservamos, a saber, *La vida feliz* y *Contra los Académicos* guardan un estrecho vínculo en la medida en que en ambos casos se plantea la relación entre *verdad* o

conocimiento y felicidad. En el primer diálogo el tema central es la vida feliz y el modo en el que el hombre puede acceder a ella, indagación que se desarrolla en el contexto propio de una comunidad de amigos, esto es, en un ambiente tranquilo y familiar. Por su parte, el *Contra los Académicos* comienza con una alusión al tema de la ética y, concretamente, a la cuestión de la virtud, lo que nos indica que no estamos en un ámbito que se limite a lo intelectual, sino que la discusión abarca un espacio más amplio y complejo, a saber, el de la vida del hombre. Así, aunque el título de la obra nos ponga inmediatamente en el ámbito del debate filosófico, no hay que olvidar que para Agustín la filosofía no es únicamente una disciplina, sino un modo de vida y esto se evidencia cuando, desde las primeras líneas del texto, nos encontramos, no tanto con una disputa intelectual, sino con una indagación sobre un tema fundamental para la vida del hombre, a saber, qué es la vida dichosa.

Hay que advertir que, así como hay elementos comunes entre estos dos diálogos, así también hay diferencias. Aquí nos interesa señalar que mientras en *La vida feliz* la discusión se desarrolla en un ámbito tranquilo y amable, por ser este no sólo el de la amistad, sino el de la vida feliz, el *Contra los Académicos* se presenta en medio de una suerte de contienda, una disputa dialéctica que hace referencia al modo en el que se plantea la filosofía de los académicos. De hecho, en las intervenciones de Agustín, Licencio, Trigecio y Alipio se pueden evidenciar diferentes valoraciones sobre esto, por ejemplo:

A Licencio, apasionado y romántico, le gusta la descripción académica de la felicidad como búsqueda interminable de la verdad. Trigecio, piadoso y consciente de sus deberes, desconfía de la

enseñanza académica sobre la imposibilidad de alcanzar el conocimiento y Alipio, abogado sutil e inteligente, está impresionado por los argumentos académicos contra la percepción y el ascenso. (Foley, 1999, p. 32)

En esta obra los términos y el tono en el que se desarrollará la discusión serán diferentes, pues el terreno ahora es el de unas lecciones de iniciación a la filosofía en las que Agustín orientará a sus discípulos Licencio y Trigeccio, sin dejar olvidar que ello estará en función de eliminar los impedimentos que obstruyen el camino de la fe. Notamos ahora el carácter particular del *Contra los académicos*. Tanto el tema del que se ocupa, como en el desarrollo mismo del texto encontraremos el devenir propio de aquello en donde no hay certeza, se ilustra el sentimiento de un hombre que no tiene nada seguro, que se debate entre las dudas y que, así como la puesta en escena de la obra, se encuentra en aguas turbulentas.

Los primeros dos capítulos del *Contra los académicos*, que constituyen la epístola a Romaniano, presentan elementos que también se encuentran en *La vida feliz*; ejemplo de ello es que Agustín hace uso de diferentes metáforas para ilustrar su situación vital y la de sus amigos, así mismo, las usa para expresar la comprensión que cada personaje tiene, no sólo de la filosofía de los académicos, sino de la vida feliz y la manera en que es posible alcanzarla, lo que nos recuerda el vínculo que se quiere explorar entre bienaventuranza y conocimiento. En consecuencia, con lo anterior, Agustín hace referencia a la cuestión del orden y establece que incluso la fortuna está sujeta a un orden secreto, pues de la misma manera que el resto de la realidad, aquella obedece a una disposición específica, de tal forma que cada cosa

ocupa el lugar que le corresponde y éste no está fuera del alcance del conocimiento, concretamente de la sabiduría en cuanto es la “ciencia de las cosas divinas y humanas”. (Agustín de Hipona, 1982, p. 16).

El tema del conocimiento y la consideración de la definición de *sabiduría* respecto de la cuestión del orden implican una mirada al tema del auxilio divino ya que, no sólo la naturaleza obedece a una disposición divina, sino también el hombre y su vida, de hecho, lo fundamental es que el hombre necesita de la ayuda del Creador para alcanzar la condición necesaria para orientarse en la dirección correcta y acceder a la vida feliz. Ahora bien, aunque muchos estudiosos coinciden en que el tema de la *gracia* es exclusivo de los escritos tardíos, podemos ver que tanto en *La vida feliz* como en el *Contra los Académicos* ya se plantea la incapacidad del ser humano para acceder por sus propios medios a la vida feliz y al conocimiento de la verdad, pero no así a la imposibilidad de alcanzarlas; de hecho, Agustín señalará que son mayores los peligros a los que se expone el hombre que decide emprender la búsqueda sin otro auxilio que el que le brindan sus propias fuerzas, que el hombre que reconoce y pide la ayuda de Dios para desarrollar dicha empresa.

El primer capítulo de la obra se nos presenta como una conversación entre amigos que, con el pasar de las páginas, se convierte en una suerte de clase con una estructura no muy bien definida. Sin embargo, una lectura cuidadosa de la obra nos llevará a notar que, más bien, atendemos a una lección con un plan muy elaborado en el que Agustín obrará como maestro y llevará a sus estudiantes a explorar el problema de la refutación del escepticismo (Kenyon, E, 2018). La reflexión que se

viene desarrollando se presentará entonces como un ejercicio que no se puede dar sino en comunidad, pues se hace evidente la necesidad de la ayuda de otros en la indagación, especialmente cuando hay que comenzar por considerar preguntas que están mal planteadas y, que por tanto, solo llevan a mayores confusiones.

En este contexto, no podemos pasar por alto el que Agustín le dedique la obra a Romaniano. Llama nuestra atención que aparezca nuevamente la referencia al puerto de la filosofía y al deseo de Agustín alcanzar, junto con su amigo, “a aquel Dios que tiene providencia sobre todas las cosas, para que te devuelva a ti mismo [a Romaniano], permitiendo que tu ánimo, lampante por respirar, salga, por fin, a la atmósfera de la verdadera libertad”. (Agustín de Hipona, 1982, p. 11). Con lo anterior podemos ver que el tema del diálogo se pondrá de manifiesto desde la dedicatoria con alusiones a Romaniano, un hombre con dudas y que no está seguro de ciertas cuestiones fundamentales que le impedirán acceder a la vida feliz. En las primeras líneas del libro segundo encontraremos otra extensa referencia a Romaniano, pero esta vez para señalar que, a pesar de que las herramientas que usan los académicos en sus disputas parecen útiles, sofisticadas y gozan de reconocimiento, estas deben ser examinadas y usadas con suma cautela, pues fácilmente pueden llegar a engañar al que las utiliza en la búsqueda de la verdad. Agustín afirmará que “contra aquellas olas y tempestades debe resistir con todos los remos de las virtudes, y, sobre todo, debe implorarse el socorro divino con toda devoción y piedad, a fin de que nuestra firmísima intención de consagrarnos al estudio de la sabiduría siga su curso sin que nadie la malogre ni impida llegar al segurísimo y dulcísimo puerto de la filosofía” (Agustín de Hipona, 1982, p. 21). Esta no es una

simple referencia a los recursos de los académicos o a las dudas e incertidumbres de Romaniano, aquí Agustín habla de sí mismo y de su experiencia en la búsqueda de la verdad en la cual transitó por diferentes caminos, no siempre apropiados; de hecho, muchos de ellos sólo lo condujeron a un mayor extravío como es el caso de su paso por el maniqueísmo en el cual, los elementos propios de la tradición cristiana, no correspondían a una comprensión adecuada de la Sagrada Escritura, de modo que a pesar de que el faro estuviera a la vista y, con ello, el camino al puerto, los instrumentos y las condiciones no resultarían adecuados para llegar al objetivo.

El tercer libro del diálogo comienza con una referencia al libro segundo en donde se hace énfasis en el tema del lugar que ocupa la filosofía respecto del conjunto de las disciplinas tradicionales. Esta alusión tiene ocasión debido a que tanto Trigecio como Licencio han sido arrebatados por el arte de la poesía y con ello han desplazado a la filosofía del lugar que le corresponde, a saber, el de una “ocupación que no es leve y superflua, sino necesaria y suprema” (Agustín de Hipona, 1982, p. 21), ya que su gran tarea es buscar con todo empeño la verdad. La referencia a la poesía también nos recuerda al joven Agustín, cuando en la edad escolar desperdiciaba su ingenio en extravagancias y ficciones poéticas buscando ser aplaudido por condiscípulos de su edad (Agustín de Hipona, 2001, p. 17), alejándose, sin saberlo, de la verdad, pues tal como Trigecio y Licencio, él “se dejaba arrastrar de las vanidades y me alejaba de ti, Dios mío, cuando me proponían como modelos que imitar a unos hombres que si, al contar alguna de sus acciones no malas, eran notados de algún barbarismo o solecismo, se llenaban de confusión, y, en cambio, cuando eran alabados por referir con palabras castizas

y apropiadas, de modo elocuente y elegante, sus des-honestidades, se hinchaban de vanidad” (Agustín de Hipona, 2001, p. 18), De este modo, Agustín parece verse reflejado en sus interlocutores que distraídos en nimiedades se alejan no sólo de la verdad, sino del camino que conduce a ella. Así mismo, aunque Agustín destaca la importancia de la filosofía y su lugar en la vida del hombre, también subraya el hecho de que existen muchos elementos y circunstancias que impiden una dedicación total a ella, siendo el mejor ejemplo de ello, la situación de Trigejio y Licencio que llevados por la *pasión* y por el *entusiasmo* por la poesía han dejado de lado las cuestiones verdaderamente importantes y provechosas para el espíritu.

Por otro lado, nos encontramos con los eventos de la vida cotidiana que generan otro tipo de distracciones y, así, mayores dificultades a la hora de intentar dedicarnos a la vida de la reflexión y de la búsqueda de la verdad. El caso de Agustín se nos presenta en el contexto de estas nuevas consideraciones que se hacen evidentes en su tristeza al verse obligado a interrumpir la indagación que venía desarrollando, producto de los quehaceres relativos a la administración familiar. Podemos observar aquí que la intención del maestro es la mostrar que en los recorridos académicos y en la vida cotidiana se presentan situaciones que no están contempladas en un plan original y que están sujetas a las variaciones inherentes a las acciones humanas.

En este punto, nos sorprende cómo algunos expertos han pretendido ver en la obra, especialmente en el libro primero, un ejercicio pedagógico sin estructura ni método. Contrario a esto tenemos que afirmar que no todos los procedimientos o métodos pedagógicos

constituyen una suerte de libreto en el que todo funciona en perfecta armonía. Agustín entiende que todo está dispuesto de manera que el hombre pueda alcanzar el conocimiento y la vida feliz, y en el contexto pedagógico esto requiere, por un lado, de un maestro que domine la materia en cuestión, así como que conozca a sus estudiantes para poder conducirlos apropiadamente, pero también requiere del auxilio divino. En el caso del *Contra los Académicos* lo que se nos presenta es, justamente, el estudio de un método pedagógico que no puede no tener en cuenta el escepticismo académico en cuanto amenaza para la obtención del conocimiento y que, por la naturaleza del tema que se investiga, no llegará a ninguna conclusión definitiva.

Este tema abre paso a la discusión acerca de si el sabio o el aspirante a la sabiduría necesita de la fortuna para alcanzar su objetivo, a saber, la verdad. Lo que se ha denominado *fortuna* no es una suerte de azar, es más bien, el conjunto de los instrumentos necesarios para alcanzar un fin. Así como el navegante necesita ciertas herramientas para llegar a tierra firme, así el que persigue la sabiduría, requerirá ciertas condiciones para vivir mientras alcanza la sabiduría que anhela. A propósito de esta cuestión, en el libro primero se había adoptado la definición ciceroniana de *sabiduría*, a saber, “ciencia de las cosas divinas y humanas” (Agustín de Hipona, 1982, p. 16), en el libro tercero, se añade a esa definición que el sabio es “el que posee el hábito de la investigación de la verdad de las cosas divinas y humanas” (Agustín de Hipona, 1982, p. 3). Como vemos, aunque el tema central es el de la filosofía y, concretamente, la búsqueda de la verdad, se presenta un desplazamiento de la definición y objeto de la verdad, al modo como esta se puede alcanzar, especialmente en cuanto es tarea del sabio, del

aspirante a sabio y del filósofo, pues una cosa es *saber* y otra *creer que se sabe* y, al parecer, también son diferentes la *sabiduría* y la *verdad*; de este modo, la indagación se concentrará en “indagar si el hombre puede alcanzar la sabiduría, tal cual la describe la razón” (Agustín de Hipona, 1982, p. 10).

Este tema se desarrollará en medio de la disputa con los *académicos*, cuya posición será defendida por Alipio. El punto de partida es el acuerdo de Agustín con los académicos en el hecho de que, al parecer, los sabios conocen la sabiduría; hay que notar que el acuerdo consiste en la imposibilidad de afirmar con absoluta certeza que el sabio conoce la sabiduría y no en la imposibilidad del conocimiento o, lo que es lo mismo, que la verdad no puede hallarse, pues Agustín, contrariamente a los académicos, no puede afirmar esto, ya que la conclusión que se sigue es absurda, a saber, “que o no es nada la sabiduría o que el sabio está privado de ella”. (Agustín de Hipona, 1982, p. 13). Este momento es decisivo en la argumentación ya que, ante la imposibilidad del hombre de acceder a la verdad por sus propios medios, posición sostenida por los académicos, Agustín, introduciendo una alusión a las *ficciones poéticas* y con ello, a una *imagen* de la *verdad*, introduce la necesidad del auxilio divino, sin dejar de lado la importancia del maestro como guía y compañero de camino.

Para disipar las tinieblas en las que ha caído la discusión, Agustín propone una imagen en la que aparecen los grandes representantes de las principales escuelas del Helenismo —epicúreos y estoicos—, expresando sus posiciones en el ámbito del conocimiento, pues la discusión ha llegado al punto en el que hay que afirmar o que ningún hombre puede ser sabio o que el sabio

no posee la sabiduría. El punto de partida es la definición del conocimiento, a saber, “sólo puede percibirse y comprenderse un objeto que no ofrece caracteres comunes con lo falso” (Agustín de Hipona, 1982, p. 19) (*c. Acad.* 3, 9, 8), de esta manera, sólo podrá comprenderse un objeto que, de forma evidente para los sentidos, no pueda aparecer como falso; pero siendo esto así, no podría conocerse nada, porque no existe nada que reúna dichas condiciones. Sin embargo, Agustín establecerá que la definición misma prueba que existen cosas comprensibles y ella misma es una de esas; así, luego de un largo debate, se demuestra que es absurdo considerar la imposibilidad del conocimiento y admitir, al mismo tiempo, la existencia del sabio, pues, “si corresponde a la sabiduría el saber algo de estas cosas, no puede faltar al sabio dicha ciencia. Y si otra cosa es la sabiduría, el sabio la conoce, y menosprecia tales bagatelas”; (Agustín de Hipona, 1982, p. 23) de hecho, es imposible negar todo tipo de conocimiento y de realidad, ya que el testimonio de los sentidos nos da certeza del mundo e incluso, por este mismo medio, podemos corroborar algunas verdades matemáticas.

La segunda parte de la *oratio perpetua* (Agustín de Hipona, 1982, p. 43) es la más extensa y contiene algunos de los pasajes más interesantes de toda la obra en relación con la cuestión pedagógica. El cambio de tono es introducido por Agustín con la siguiente afirmación:

Retirémonos, por fin, de este ruidoso tribunal amigo de pleitear a un lugar donde no nos moleste el alboroto de las gentes, y ojalá sea a la misma escuela de Platón, llamada así, según se dice, por estar retirada del pueblo y allí, en la medida de nuestras fuerzas, discutamos no de la gloria, que

es cosa superficial y pueril, sino de la vida misma y de una cierta esperanza de la felicidad del alma (Agustín de Hipona, 1982, p. 18).

El movimiento literario propuesto en el diálogo evoca el movimiento que tanto Agustín como Cicerón llevaron a cabo al retirarse de la vida pública en la que buscaban la gloria y decidieron entregarse a la búsqueda e investigación de la sabiduría, las cuales no pueden pensarse como separadas de la enseñanza. Así pues, esta parte final del *Contra los Académicos* refuerza su carácter exhortativo, razón por la que se ocupa de refutar con contundencia las afirmaciones de los académicos dogmáticos según las cuales “nada puede ser percibido” y “no se puede dar asentimiento a ninguna cosa”. Sin embargo, en contra de lo que afirman Mourant (1996) y Marchand (2013) debe tenerse presente que en la parte final de la obra el adversario de Agustín no es Cicerón, sino el dogmatismo encarnado no sólo por los estoicos y epicúreos, sino por los maniqueos que en su racionalismo no dejan espacio a la fe. Por esta razón, las pruebas ofrecidas por Agustín deben leerse bajo la luz de la necesidad de reafirmar la posibilidad del encuentro de la verdad como conclusión del camino de búsqueda. Así, en esta sección se refuerza el carácter exhortativo que determina toda la obra, y debido al cual resulta fundamental confutar de manera definitiva la tesis del escepticismo y no, como afirman algunos estudiosos (Marchand, S., 2013), hacer una crítica a Cicerón y a la Academia, en cuanto escuela heredera del pensamiento de Platón.

El primer paso para alcanzar el propósito establecido consiste en demostrar que la definición de Zenón¹, en

¹ Para un estudio detallado de la construcción lógica y la validez de los argumentos presentados por Agustín en contra del escepticismo, véase Kirwan (1962).

la que se ancla el escepticismo, según lo afirma Cicerón en su *Academici libri* (Cicerón, 1990), no justifica la negación de la posibilidad de alcanzar un conocimiento verdadero. La impugnación de Agustín se basa en que si se admite como *verdad* que una representación es verdadera cuando puede distinguirse de lo falso, se admite que la definición no es *falsa*.

Pues aun estando inciertos de ella, no nos desampara por eso la ciencia, porque sabemos que es verdadera o falsa. Luego, sabemos algo. Aunque nunca logrará hacerme un ingrato, juzgo dicha definición como absolutamente verdadera. Pues o pueden percibirse las cosas falsas, hipótesis a que tienen favor los académicos, y realmente es absurda, o tampoco pueden percibirse las cosas semejantes a lo falso; luego aquella definición es verdadera. (Agustín de Hipona, 1982, p. 9)

Una vez refutada la definición de Zenón, se pasa a demostrar la existencia de verdades innegables y accesibles a todos, para lo cual se recurre a ejemplos de verdades necesarias como las matemáticas, el conocimiento del mundo a partir de proposiciones tautológicas y las sensaciones que derivan de los sentidos. Si cualquier persona puede acceder a estas verdades, con mayor razón deberá poderlo hacer el sabio, el cual debe admitir necesariamente que sí es tal, debe conocer la sabiduría, pues si no la conociera no sería sabio. Establecido esto, se pasa a considerar la noción de *probabile* para demostrar su incompatibilidad con la acción moral. Si bien en el segundo ejemplo utilizado se afirma que Cicerón es defensor del probabilismo, resulta muy interesante que para concluir esta sección se refiera al caso más emblemático de la carrera forense de Cicerón: la acusación

de Catilina. Con esta referencia Agustín quiere dar a conocer su posición acerca del escepticismo y el probabilismo ciceroniano, la cual consiste en la negación de estos. La tesis agustiniana se sostiene en las palabras del mismo Cicerón cuando Lúculo lo exhorta a abandonar la filosofía académica:

Después de que tributaste (en el *Hortensio*) tan grandes alabanzas a la filosofía, ¿seguirás esas doctrinas que todo lo confunden, que nos despojan del juicio, del asentimiento y de los sentidos? Después de haber dicho, bajo juramento, que tú estabas seguro de aquellas ocultas maquinaciones (las de Catilina), ¿vas a decir ahora que nada se puede conocer o percibir? (Cicerón, 1990, p. 61)

Una vez refutadas las tesis académicas de manera contundente, Agustín puede concluir su exhortación a la filosofía libre del temor causado por la creencia en la imposibilidad de acceder a la verdad. No sorprende, entonces, que sea justamente en este punto donde se recurra a la tesis del esoterismo de la Academia, confirmada también por Cicerón (1990) e introducida por Agustín como sigue:

¿Qué pretendieron aquellos grandes varones con sus eternas y tenaces disputas para excluir de todo, la ciencia de lo verdadero? Oíd ahora más atentamente, no lo que sé, sino lo que opino: he aplazado para el final el declarar, si puedo, mi parecer acerca de todo el plan o consejo de los académicos. (Agustín de Hipona, 1982, p. 37)

Cabe recordar que los académicos, a los cuales se hace referencia en este punto con el apelativo de *platónicos*,

para Agustín son los herederos de la academia platónica, razón por la cual presenta una reconstrucción de la historia de dicha escuela desde su fundación. Este pasaje resulta de fundamental importancia para la comprensión de la relación de Agustín con la tradición antigua y con Cicerón, el cual representa la fuente principal de la mayor parte de las ideas aquí presentadas. (Cicerón, 2010, 1990, 1968).

Platón, pues, añadiendo a la gracia y sutileza socrática en las cuestiones morales la ciencia de las cosas divinas y humanas, que diligentemente había indagado en la mencionada escuela, y coronando después estos elementos con una disciplina capaz de organizarlos y juzgarlos, esto es, la dialéctica —la cual o es la misma sabiduría o un medio indispensable para llegar a ella—, se dice que sistematizó la filosofía, como ciencia perfecta, de la que no es ahora tiempo de discurrir. Para mi propósito, básteos saber que sintió Platón que había dos mundos: uno inteligible, donde habitaba la misma verdad, este otro sensible, que se nos descubre por los órganos de la vista y del tacto. Aquél es el verdadero, éste el semejante al verdadero y hecho a su imagen; allí reside el principio de la Verdad, con que se hermosea y purifica el alma que se conoce a sí misma; de este no puede engendrarse en el ánimo de los insensatos la ciencia, sino la opinión (Agustín de Hipona, 1982).

La última parte de este pasaje quiere llamar la atención a un tema que caracteriza a los primeros diálogos de Agustín, a saber, el conocimiento de sí como condición de la sabiduría. Esta idea, que será ampliamente elaborada en el *De beata vita*, se reitera en las siguientes líneas:

Estas y otras verdades de la misma clase fueron conservadas entre los discípulos de Platón, según era posible, y guardadas en forma de misterios. Pues ellas no pueden ser fácilmente percibidas sino por los que, purificándose de todo vicio, se han consagrado a un género de vida más que humano; ni peca gravemente el que, conociéndolas, las quisiere enseñar a cualquiera. (Agustín de Hipona, 1982, p.38)

El conjunto de estas verdades se unifica en un sistema filosófico al que Agustín, retomando un vocablo ampliamente difundido en círculos platónicos, neoplatónicos y cristianos (Fuhrer, 2017, p. 451) llama *filosofía perfectamente verdadera*. Dicha filosofía se encuentra estrechamente ligada a un estilo de vida que involucra todas las esferas de la existencia del hombre. Por esta razón, algunos estudiosos (Heil, 1972) han visto en el *Contra Academicos* una obra esencialmente moral y pedagógica, afirmación que podría extenderse al conjunto formado por todos los diálogos de Casiciaco. En efecto, la comunidad de Casiciaco, esa *schola* que Agustín guía, tiene como fin la preparación del hombre desde diferentes dimensiones: las mañanas se utilizan para el estudio y la lectura de los clásicos, los ejercicios retóricos y dialécticos, las tardes para el estudio de la Escritura. No se trata de materias distintas, sino de fuentes de las que, quien inicia un periodo de purificación, debe beber. Así, es imposible establecer una distinción entre materias filosóficas y espirituales, pues la filosofía se entiende como amor a la sabiduría y por ende, como cuidado del alma.

La importancia de la caracterización agustiniana de la filosofía platónica no sólo resulta interesante en lo concerniente a la relación de Agustín con la tradición, sino

que permite establecer cuál era la concepción existente en los primeros siglos del cristianismo acerca de la relación entre Platón, Aristóteles y las escuelas filosóficas. La historia de la filosofía propuesta por Agustín puede encontrarse en las siguientes líneas:

Así ahora apenas tenemos más filósofos que los cínicos, peripatéticos y platónicos; y los cínicos, porque les place cierta libertad y licencia de la vida. Mas en lo que atañe a la erudición y doctrina, como también a la moral, que mira a la salud del alma, no han faltado hombres, de suma agudeza y diligencia, que con sus discursos han mostrado la concordia vigente entre las ideas de Aristóteles y Platón, que sólo a los ojos de los distraídos e ignorantes parecen disentir entre sí; así, después de muchos siglos y prolijas discusiones, se ha elaborado una filosofía perfectamente verdadera.

No es ésta la filosofía de este mundo, que nuestras sagradas Letras justamente detestan, sino la del mundo inteligible, al que la sutileza de la razón no habría podido guiar a las almas, cegadas con las multiformes tinieblas del error y olvidadas bajo la costra de las sordideces materiales, si el sumo Dios, descendiendo con su misericordia al seno del pueblo, no hubiese abatido y humillado hasta tomar cuerpo humano al Verbo divino, para que, estimuladas las almas con sus preceptos y, sobre todo, con sus ejemplos, sin luchas de disputas, pudiesen entrar en sí mismas y volver los ojos a la patria. (Agustín de Hipona, 1982, p. 42)

¿Quiénes fueron los pensadores que enseñaron esta filosofía perfectamente verdadera? Sobre este punto no parece haber un acuerdo entre los críticos, pues para

algunos se trata de los neoplatónicos y para otros de los académicos (Fuhrer, 2017, p. 449). Que esta verdadera filosofía sea *una* se explica en la segunda parte del párrafo, en el momento en el que se trae a colación, de manera explícita, la doctrina de la encarnación —*no hubiese abatido y humillado hasta tomar cuerpo humano al Verbo divino*. A propósito de esto, Catapano sostiene :

La encarnación del intelecto divino fue la *conditio sine que non* de la llamada al mundo inteligible formulada por la filosofía platónica, ya que llevó a cabo una *excitatio* tan poderosa sobre las almas que les permitió convertirse a la patria celeste sin necesidad de largas y extenuantes discusiones (Catapano, 2002, p. 170)

Se trata de la retórica divina, que debe entenderse como siempre eficaz, en contraposición a la humana, del error, el cuerpo y la ceguera, sin la cual la filosofía platónica no habría podido persuadir a las almas de los hombres de forma contundente y clara. La relación entre la encarnación en cuanto misterio mediador y posibilitador del conocimiento se retomará en obras como el *De vera religione* (III.3) y el *De Trinitate* (XII.17.22) en las que se reiterará y perfeccionará esta consideración juvenil: las almas “enceguecidas por las tinieblas del error” no habrían visto la luz de la verdad sin la obra mediadora de Cristo, que es la verdad misma. El carácter ontológico de la verdad y su unicidad están a la base de las ideas que constituyen esa filosofía perfecta y verdadera: la doctrina de los dos mundos, oculta por los académicos a causa de la dificultad de su asimilación, y la doctrina del *Logos* divino.

En la hipótesis histórica trazada por Agustín se puede entrever una alusión al camino recorrido por él mismo,

en el cual, como se afirma en las *Confesiones*, el periodo de materialismo maniqueo fue seguido de una fase escéptica que tuvo como resultado el abandono de la secta. En este caso, como en el *Contra Académicos*, el escepticismo se presenta como una herramienta muy útil y la duda escéptica prepara el camino para la correcta comprensión de las palabras de Ambrosio que iluminarán la lectura de los libros de los platónicos en los cuales Agustín encontrará, *aunque, con otras palabras*, (Agustín de Hipona, 2001, p. 13) algunas verdades fundamentales de la doctrina cristiana. Quizás valga la pena presentar en este punto el camino seguido en las *Confesiones*, que puede esquematizarse de la siguiente manera:

1. Maniqueísmo y materialismo (V.6.10).
2. Escepticismo metodológico y pedagógico (V.10.19-V.14.25).
3. Recepción del nombre de Cristo en las palabras del obispo de Milán (VI.2.4).
4. Acceso a los *platoniorum libri* (VII.9.13).
5. Entrega total a la autoridad de Cristo (VIII.12.30).

Del mismo modo que en la hipótesis histórica, expuesta tanto en el *Contra Academicos* como en el *Carta 118*, la encarnación es fundamental para la comprensión de las ideas platónicas; en el recorrido de Agustín, la lectura de los *platoniorum libri* no habría tenido el mismo efecto en él de no haber sido por la apropiación y comprensión de las palabras de Ambrosio. En este sentido debe entenderse la propuesta de Crouse según el cual, en la relación entre fe y razón, doctrina y filosofía, no hay

una superación en términos negativos o excluyentes, sino una síntesis particular:

Indudablemente, la fe precede al entendimiento y el entendimiento precede a la fe, en el círculo hermenéutico, pero en el fondo, la unión con el Dios trino es una unión contemplativa que se da en la memoria, el entendimiento y el amor. Entonces, la fe no es para Agustín una facultad distinta, ni una sustitución del intelecto, sino la salvación de este. No se trata entonces de una contradicción o destrucción del platonismo, sino de su conversión o redención. (Crouse, 1989, p. 42)

Puede concluirse que el punto de llegada de la *oratio perpetua* es el punto de partida del proyecto filosófico y pedagógico de Agustín, en cuanto le permite sintetizar las dos fuentes principales de su pensamiento bajo el propósito de conocer, en palabras ciceronianas, las cosas divinas y humanas y posteriormente, transmitirlo a otros. Dicho proyecto se enuncia así:

Para mí es evidente que jamás debo apartarme de la autoridad de Cristo, ya que no encuentro otra más fuerte. En cuanto a lo que ha de buscarse con la fuerza de la razón (pues mi estado de ánimo es tal que estoy deseando con impaciencia conocer la verdad no sólo mediante la fe, sino comprenderla también con la inteligencia), espero entretanto poder encontrar en los platónicos una doctrina que no se oponga a nuestros sagrados misterios. (Agustín de Hipona, 1982, p. 44)

Puede verse cómo el *Contra los Académicos*, en sintonía con el sexto libro de las *Confesiones*, se configura

como una muestra de la construcción del camino que el hombre debe recorrer en su búsqueda de la verdad. En su *oratio perpetua*, luego de haber ejercitado a los más jóvenes en la dialéctica y la retórica, Agustín reconstruye un camino mostrando cómo al final de la errancia la verdad puede resplandecer. En las etapas de dicho recorrido, el escepticismo metodológico tiene un rol fundamental en cuanto conlleva compromisos no sólo de tipo práctico, sino programático y en cuanto le ofrecen al maestro Agustín una fuente de autoridad, diferente a la fe, necesaria para iniciar su producción como filósofo, maestro y pastor de la Iglesia.

Si bien el presente texto se limita a una consideración acerca del *Contra los Académicos*, no se pretende desconocer el aporte de otras obras de Agustín a la cuestión de la pedagogía, la cual puede entenderse desde diferentes perspectivas relacionadas con los ámbitos de acción de Agustín como alumno, maestro, pastor y obispo. La producción de los especialistas en este aspecto es amplia y permite constatar que en la actualidad Agustín es un referente vigente, actual y pertinente en la esfera pedagógica, pues sus textos pueden considerarse una guía para la enseñanza de las artes liberales y la estructuración de un modelo pedagógico que responda a los retos del mundo contemporáneo que sin duda exigen un compromiso crítico, social y ético.

El curso natural de la propuesta agustiniana se presenta como un conjunto de oportunidades para promover procesos de reflexión y habilidades críticas que permiten el acercamiento a las más profundas cuestiones de la naturaleza humana. Siguiendo el itinerario agustiniano puede afirmarse que cada individuo cuenta con lo

necesario para llevar a cabo este camino de aprendizaje y búsqueda sin desconocer los obstáculos y retos que a diario impone la sociedad. Así, podemos afirmar con Kenyon (Kenyon, 2018, p.233) que la principal tarea del maestro es ayudar a sortear dichas barreras y fomentar la natural curiosidad de sus alumnos con el fin de ayudarlos a afianzar sus habilidades. Los diálogos de Casiciaco son un claro ejemplo de esta actividad, razón por la cual se constituyen en una herramienta fundamental para los educadores que requieren de un referente que conjugue el valor de la tradición con las nuevas prácticas pedagógicas, sin dejar de lado las particularidades de las generaciones contemporáneas.

En términos prácticos la tarea del maestro, como la llevada a cabo por Agustín con sus estudiantes, no es otra que la ejercitación dialógico-crítica que permite el reconocimiento de la falta de claridad y, a partir de ahí, la formulación de las preguntas, *questiones*, necesarias para adquirir una adecuada comprensión sobre los argumentos tratados. El entrenamiento de los discípulos, tal y como lo propone Agustín, a su hijo y a sus jóvenes discípulos, tiene la doble función de ordenar sus pensamientos y acciones a través del buen uso de la palabra y del seguimiento de orientaciones prácticas, por un lado, y de permitir el acercamiento a los objetos propios del estudio, por otro (Acad. I, 9, 25; Beata v. I.4; De Ordine I, 2, 5). Esto explica la razón por la cual una de las preocupaciones fundamentales de Agustín es la de consignar por escrito dichos encuentros y hacerlos públicos para beneficio no solo de su explícito destinatario, sino de todos aquellos a los que el texto pudiera ser de utilidad.

Referencias

- Agustín de Hipona. (1982). *Contra los Académicos. Traducción de Victorino Capánaga*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín de Hipona. (1995). *Las retractaciones. Traducción de Teodoro*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Agustín de Hipona. (2001). *Confesiones. Traducción de Francisco Montes de Oca*. México: Porrúa.
- Catapano, G. (2002). *Il concetto di filosofia nei primi scritti di Agostino. Analisi dei passi metafilosofici dal Contra Academicos al De vera religione*.
- Cicerón, M. (1968). *De finibus bonorum et malorum*. La Nuova Italia: Firenze.
- Cicerón, M. (1990). *Cuestiones académicas*. México D. F: UNAM.
- Cicerón, M. (2010). *Tusculanas*. Madrid: Alianza.
- Crouse, R. (1989). "Paucis mutatis verbis. St. Augustine's Platonism". En R. Dodaro, y G. Lawless (Eds.), *Augustine and his critics. Essays in honour of Gerald Bonner*. London: Routledge.
- Foley, M. (1999). "Cicero, Augustine and the philosophical roots of the Cassiciacum Dialogues". *Revue des Études Augustiniennes*, 45-52.
- Fuhrer, T. (2017). *Augustin, Contra Academicos*. New York.
- Heil, J. (1972). *Augustine's Attack on Skepticism*. Boston.
- Kenyon, E. (2018). *Augustine and the Dialogue*. Cambridge.

- Kirwan, C. (1962). *Augustine. The Arguments of the Philosophers*. Londres.
- Marchand, S. (2013). Les Academics dans le *Contra Academicos*: détournement et usage du scepticisme académicien par Saint Augustin. *Astérion*, 11-19.
- Mourant, J. (1966). Augustine and the Academics. *Recherches Augustiniennes*, 4 (11).